

La Princesa, acercando un pomo á sus labios, le hizo beber el contenido.

Entonces, el fenómeno que se operó en Elena de Rochevieuille, gracias al remedio del doctor Durand, se reprodujo en Oliverio.

Poco á poco fué abriendo los ojos y recobrando el sentido.

—Dejadnos solos—ordenó la polaca á Von Goben y á los criados.

Y dirigiéndose al conde de Souvray, que estaba pálido como la cera y próximo á caer desfallecido, le dijo:

—Vos, caballero, quedaos. Podeis oirlo todo.

XXXV

La habitación donde se desarrollaba esta lúgubre escena, estaba casi vacía.

Nada más que dos ó tres miserables muebles constituían su adorno; y colgado en la pared había un crucifijo de cobre sobre una cruz de madera negra, que destacaba sobre el tono claro de la pared.

Los Servoz eran religiosos.

Aquello parecía la celda de un monje.

La Princesa estaba de pie á la cabecera del lecho de su amante.

Roberto de Souvray, agotadas las fuerzas, se sentó en una silla.

Su primo paseó en torno suyo una mirada velada ya por la proximidad de la muerte, y advirtió que Wanda esperaba á que recobrará el sentido por completo.

Entonces coordinó sus ideas, sus recuerdos, y lo comprendió todo.

—¿Me ois y me veis?—preguntó.

El contestó con voz débil:

— Sí.

—Vais á morir dentro de breves instantes—dijole, acercándose más al lecho.—Los otros quisieron mataros. Sin duda no os odiaban bastante, puesto que os han dejado escapar. Yo, os hubiera dado de puñaladas, con mi propia mano, en plena calle, antes que permitir que vivierais.

El no contestó, y quiso volverse del otro lado.

Ella lo impidió y continuó diciendo:

—¡Me has perdido con tu maldito amor!

No sé por qué te he amado, puesto que, no tienes fé en nada; eres odioso, falso, ¡y... yo tan insensata! Has sido el único hombre que hizo latir mi corazón. Los demás, como si no existieran. Fui esclava de tu voluntad, al extremo de que si me hubieras dicho que matara á mi madre, te hubiese obedecido. Es raro, ¿no es verdad? ¡Y, sin embargo, es lo cierto! Antes de conocerte, era feliz y brillante. No amaba al príncipe, pero le estimaba. No me había hecho más que bien. A él se lo debo todo, la riqueza y la vida, puesto que sin él no me quedaba más recurso que uno: descender á la vergüenza de las mujeres que se venden, el último grado de abyección, echarme al agua ó despedazarme tirándome á un precipicio. Y á ese hombre le maté por tu causa, por seguirte, por no separarme nunca de tí.

El marqués exhaló un quejido. Se ahogaba.

—¡Envenenadora!—gritó.

—Tú lo has dicho. ¡Envenenadora! El veneno que tienes en las venas cumple su misión. Por él morirás como el príncipe ¡mi marido, mi bienhechor!, como aquella mujer tan dulce, tan inocente, tan sublime de bondad, que envenené también, porque me lo pediste. Tú conocías mi debilidad, mi demencia; ¡yo estaba loca con tu mentido y execrable amor!

Ansiabas recuperar tu libertad, y quisiste que fuera yo quien rompiera esas cadenas con mis propias manos. Te devolví esa codiciada libertad, y el uso que hiciste de ella fué hacerme traición. ¡En verdad que era demasiada audacia! ¿Creías que yo no iba á castigarte? Otros te perseguían, indignados de tener un asesino en la familia, deseosos de vengar la muerte de una mujer angelical; pero su odio no era igual al mío, y yo vigilaba por mi parte. ¡Qué ciego y estúpido es el hombre si cree que una mujer engañada en su amor, desdenada para que otra ocupe su lugar, abandonada del amante por quien se ha perdido, y deshonrada, ha de soportar esa afrenta en silencio y no devolver golpe por golpe!

Yo, con tal de vengarme, lo hubiera sacrificado todo: riqueza, honor, hasta la misma vida. ¡Ah! ¡tú amabas á esa lugareña cuando yo cometía crímenes por tí! ¡Querías casarte con ella! ¡Le prometías tu nombre, como á mí! ¡Entre la princesa Wanda Cavalli, la

igual de los Borghesse y de los Colonna y una muchacha sin raza y sin nombre, preferías esta última! Le diste el mejor lugar. ¡Y creíste que yo lo toleraría, que me iría á un rincón de Polonia á ocultar mi vergüenza y llorar mi abandono, como una mujer sin alma y sin altivez!

—Dádme de beber—dijo con voz ronca el marqués.

—Sufre. Eso será corto. ¿No sufrieron los otros como tú? Tus momentos son contados. No volverás á ver á la marquesa que has elegido últimamente; esa Solange que te detesta y que ama á otro. También, ella vá á ser libre y se felicitará. ¡Por mí, siempre por mí!

Oliverio cerró los ojos, y se retorció, presa de una convulsión.

—Agua, por piedad—suplicaba.

La princesa se encogió de hombros, y se volvió, buscando algo en la habitación.

En aquel momento, el marqués hizo un supremo esfuerzo, é introdujo la mano en uno de los bolsillos del traje.

Cuando la princesa volvió cerca del moribundo, llevándole un vaso de agua, los brazos de su antiguo amante descansaban sobre el lecho, y su temblorosa y febril mano, oprimía un objeto cuyo color se confundía con el tinte gris de la colcha.

Se acercó á él para observar sus últimos instantes y recoger su último suspiro.

El veneno produjo su asombroso efecto, contenido un momento por el cordial de la princesa.

El marqués parecía ébrio como un bebedor de ópio, dormido como si hubiese aspirado una dosis de cloroformo.

Pudo ver por última vez, á través de los vidriados ojos, el cuello escultural de su querida, blanco y flexible como el del cisne; sus purpúreos labios, que tantas veces le habían sonreído en los éxtasis del amor que la enloquecía.

Acercóle el vaso á la boca.

—Bebe,—le dijo con sombría expresión, dirigiéndole una mirada vengativa hasta en la agonía.—Esto es muy poco para extinguir el fuego que te devora. Adiós.

Las pupilas del moribundo brillaron por última vez.

Wanda experimentó la sensación del peligro, y dió, con brusquedad, un paso hacia atrás.

Vió á su víctima levantar la mano, incorporarse un poco, agotando, en una suprema tentativa, la poca vida que le quedaba.

Y al mismo tiempo oyó un ruido seco, el de una pistola cuando la arman.

Luego una explosión.

Todo esto duró lo que un relámpago.

Cuando Von Gøben y Giuseppe, asustados, entraron precipitadamente en el cuarto, exhalaban un grito de horror.

La polaca yacía en tierra, herida por una bala que la atravesó el pecho, y el marqués yacía en su lecho estremeciéndose convulso. Aquella vida, consagrada á la destrucción, se extinguía.

Roberto de Souvray, desfallecido por la pérdida de la sangre, quebrotaba de su herida como de una fuente, estaba sin sentido y con la cabeza apoyada en la mesa.

Wanda no exhaló una queja.

La justicia divina les mataba al uno por causa del otro.

Sin embargo, ella respiraba todavía.

El señor de Tauuay conservaba en la mano el arma.

Era una pistola de un solo tiro, de un trabajo artístico, con incrustaciones de oro, y en la cual se leía el nombre de un famoso armero: «Leone Bardi, Milano».

La princesa se la había regalado en tiempo de sus fatales amores.

Cuando Roberto de Souvray volvió en sí, media hora después, hallóse en otra habitación del *chalet*, parecida á aquella en que se acababa de desarrollar el último acto del drama.

Su fiel La Briseur velaba cerca de él y le curaba la herida con la experiencia adquirida en las cacerías del Morván, teatro de graves accidentes de caza.

—Eso no es nada, señor—dijo.—Solo se trata de una sencilla herida. El hueso está intacto. No hay necesidad de cirujano. Lo conozco.

El conde no había oído más que la primera parte de la escena entre su primo y la polaca.

Luego le faltaron las fuerzas y no se dió cuenta de nada más.

Así es, que como ignoraba el desenlace, preguntó:

—¿Y el marqués?

—Muerto, señor.

—¿Y la princesa?

—Todavía no, pero no está nada bien.

En efecto, la mujer que había inspirado tantas pasiones, que había levantado á su paso tantos murmullos de admiración, yacía en un miserable lecho de una posada, palpitante, sofocada por la sangre que la ahogaba.

Cerca de ella, Von Goeben, su admirador, anonadado por este nuevo golpe, tenía una de las manos de la enferma entre las suyas, esperando en una agonía difícil de expresar, el instante en que exhalara su último suspiro.

El respetable Giuseppe estaba aterrado. Sus esperanzas de riqueza se desvanecían como el humo, con la vida de la Princesa.

Daba muestras de la mayor desesperación, y dicho sea en justicia, haremos constar que la avaricia no era lo único que le hacía sentir aquella catástrofe.

Giuseppe profesaba un afecto sin límite á la princesa. La quería como el perro quiere al ama que le cuida y á la mano que le acaricia. Como tantos otros, obedecía al ascendiente de aquella belleza soberbia y triunfante, de aquella inteligencia lúcida, viva, que todo lo comprendía, que nada se le escapaba; fué precisa una increíble fatalidad para que se dejara sorprender y abatir...

Hubo un momento en que volvió en sí.

La sangre que á borbotones echaba por la boca no la dejaba hablar.

Pudo abrir los ojos, y su inteligencia se reanimó.

Acordóse de lo que había sucedido, y lo comprendió todo, con la misma lucidez que si se hubiera hallado en plena salud.

A una seña que hizo al general, éste se acercó más aún á su rostro.

—¿Él?—dijo Wanda.

—Concluyó.

—Entonces vamos juntos—murmuró.

Descubrió á la hija de Servoz, que estaba de rodillas en un ángulo del cuarto, y llamó á Giuseppe con gesto casi imperceptible, pero que él comprendió.

Como Elena de Rochevieille, quiso emplear el resto de sus fuerzas en escribir algunas líneas.

Los Servoz recibieron la cantidad que les había ofrecido.

Legó á su adicto Giuseppe una verdadera fortuna, y á sus otros servidores la suficiente renta para vivir libre y desahogada mente.

Manifestó que deseaba, por última morada el pedregoso suelo donde moría.

El resto fué arreglado en pocas palabras con claridad.

En seguida espiró sin exhalar una queja, con toda valentía, casi sonriente, soportando los sufrimientos con el indomable valor y toda la energía que le fueron peculiares.

Solo revivió veinte minutos y esto la bastó para saldar sus cuentas con los hombres.

Así murió esta mujer de admirable belleza y de un temple superior, en cuya alma un amor indigno vició las buenas cualidades, despertando los salvajes instintos y las ferocidades de una raza de bárbaros que no están civilizados más que aparentemente.

Esta sombría tragedia que en otros tiempos habría excitado la curiosidad pública, pasó casi inadvertida en una época en que no se ocupaba nadie más que de las calamidades que afligian á la pátria.

Los periódicos que se publicaban aún, no hablaban sino del sitio de París, de las batallas, y de las tiránicas y odiosas exigencias de los vencedores sin nobleza, que arruinaban á un pueblo vencido, como esos espantosos buitres que devoran su presa.

Los Souvray procuraron ahogar, por cuantos medios pudieron, el ruido que produjera aquella doble muerte.

La princesa Wanda no dejó más herederos que el sobrino de su marido, el cual debía entrar después de ella en posesión de sus bienes.

Oliverio de Taunay era para los suyos un hombre despreciable.

De común acuerdo, ambas familias compraron un vasto terreno en las alturas donde se cometió aquel doble asesinato.

Y en la primavera levantaron un monumento de gran solidez.

Consiste en dos columnas de mármol ne-

gro, al pié de las cuales hay dos colosales urnas.

En las columnas se leen dos nombres:

WANDA BRAUSKI, PRINCESA CAVALLI.
OLIVERIO, MARQUÉS DE TAUNAY-COULANGES.

La fecha:

7 DICIEMBRE DE 1870.

Y debajo, esta palabra:

¡PAZ!

Allí es donde duermen el eterno sueño, el uno cerca del otro, separados únicamente por las paredes de mármol de sus tumbas, aquellos dos seres que pudieron hacer tanto bien; pero que causaron tantas desgracias.

Los Servoz, enriquecidos por las liberalidades de los Souvray, y del príncipe Pésaro Cavalli, heredero de los títulos é inmensos bienes de su tío, son los guardianes de aquellas tumbas.

El turista, que pasa por aquella cumbre, donde no se oye más que el ronco grito de las águilas y el ruido de las fuentes, derramando el agua á cascadas por los precipicios y barrancos que descienden gradualmente hasta los valles de Suiza, no tiene más que alejarse á unos cien metros del *chalet* de los Servoz, para descubrir las columnas ocultas entre abetos.

Nada turba la paz de aquellos sepul-

El deseo de los fundadores se realizó.

Los Servoz hanguardado el secreto de las escenas allí ocurridas, y nadie, ni aun en el pueblo mismo, ha podido penetrar el misterio de tan siniestra noche.

Tres semanas despues, Roberto de Souvray, despues de haber hecho enterrar provisionalmente á la princesa y al marqués de Taunay en el cementerio de un pueblo vecino, llegaba, no repuesto aún de su herida, á Chevagnes, y decia á Solange Fargeas, como Catalina la noche de la rotura del dique, pero esta vez sin equivocarse:

— Sois viuda.

Ella elevó los ojos al cielo y cayó desvanecida en brazos de su madre.

XXXVI

Seis meses despues, aquel terrible y nefasto invierno, había pasado.

Apenas terminó la guerra, cambió tambien bruscamente la temperatura, que fué suave y fecunda en bienes para la tierra; esta se cubrió de un manto de verdura y de flores, como si quisiera de este modo borrar las huellas del extranjero.

A fin de junio, el pueblo de Chevagnes estaba reedificado. Los jardineros habían sembrado cespced donde estuvieron las dependencias del castillo.

Y de esta mansion tan antigua y magnífica, no quedaba sino el pabellón ocupado en otro tiempo por Labranche.

El hallarse situada á mitad del valle lo preservó de la destrucción. Este pabellón, al que se añadieron á toda prisa unas cuantas habitaciones más, servía de residencia á los Fargeas, que no habían cambiado nada en sus rústicas costumbres.

Lo habitaban con su hija, la marquesa de Taunay-Coulanges y el hijo de ésta, que el conde de Souvray iba á ver casi diariamente.

Solange pidió al mayor de los Souvray cual le hiciera el favor de dirigir los asuntos de la casa de Taunay, único heredero era ya aquel niño, bien ajeno del magnífico porvenir que le aguardaba.

La casa de la joven marquesa no era más que una especie de choza en medio de un soberbio parque.

Hugo de Souvray, que tenía gran afición á la arquitectura, varió la habitación del guarda, sin quitarle su agreste y poética apariencia. La cuadra y los depósitos de leña quedaron convertidos en salones, que los jardineros rodearon de cestas y macetas de flores y plantas, que casi tapaban por completo las paredes.

En suma, que un príncipe hubiera podido habitarlo, sin descontento, y pasar allí una temporada de verano, ó hacer una excursión cinegética.

Fargeas seguía haciendo la misma vida.

Se iba á pasear al bosque, con la escopeta al hombro y acompañado del perro, como si su situación fuera la misma de antes, y no tuviera derecho á percibir la renta legada por

el marqués, y de la cual no se ocupaba para nada.

Pero entraba más amenudo en su casa y permanecía más tiempo en ella para cuidar á su hija.

Las emociones de Solange fueron demasiado violentas. Despues del trágico fin del marqués, una terrible fiebre la tuvo durante dos meses entre la vida y la muerte.

Catalina y la *Bigornia* no se separaron de ella. Pasaban á la cabecera de su cama los días y las noches. Despues que perdió á su marido, la Simona no conservaba más que un afecto. Consagró á Solange todo el ardor de su adhesión. No debían separarse jamás. Solange no lo hubiera permitido. Su unión no necesitaba palabras ni protestas. Solange sabía que la Simona le pertenecía, que se dejaría matar por ella, y que con la *Bigornia* su hijo estaría defendido por una mujer que no se dejaba engañar.

Estaba, pues, contenta de aquel arreglo, que le parecía muy sencillo, y que lo era en efecto. En fin, la viuda del cazador furtivo la cuidó durante su enfermedad, con tanta solícitud y tanto esmero, que el lazo que las unía se estrechó mas aún.

En la primera, la juventud triunfó del mal.

El médico declaró á Solange fuera de peligro, pero la pobre no recuperaba las fuerzas.

Iban á dar las dos de la tarde del último domingo del mes de junio. La temperatura no podía ser mas agradable.

Los grandes árboles del parque que ha-

bían resistido á la inundación, se revestían de ropaje de verano. Era una mezcla de hojas en que todos los tonos del verde formaban armonioso conjunto.

Los Souvray, convertidos por voluntad de la marquesa en dueños del dominio y de todos los bienes de la familia, conservaron en sus puestos á los antiguos criados, escepción hecha de los que resultaban inútiles para el servicio de un niño tan pequeño.

El viejo Brodin seguía en su puesto, al frente de una cuadra provisional, obra de los carpinteros del pueblo.

Todo el personal, jardineros y guarda, se hospedaban en las casitas de la vecindad, en Gué-aux-Biches y por todas partes.

Una joven muy pálida, envuelta en una bata de cachemir negro, bajó los cuatro escalones del pabellón apoyada en el brazo de otra mujer, alta y delgada, de cabellos grises é igualmente vestida de negro.

La jóven era Solange, casi desconocida, siempre tan bonita, mas aun, si cabe, más diáfana, pero fatigada por largos días de enfermedad.

Andaba con trabajo.

La otra era la Simona; no parecía la misma; sus facciones eran más finas, sin duda por la nueva vida que llevaba y la vuelta á las costumbres delicadas de su juventud, cuando servía en el hotel de la avenida Matignon.

—¿Que tal?—preguntó, ayudando á la convaleciente á sentarse en un banco cerca de unas plantas de verbenas y rosas.

Solange movió la cabeza con aire desolado, se llevó la mano á los ojos como para evitar los rayos del sol, pero en realidad, para enjugar una lágrima.

En aquel momento un niño de dos años fué á refugiarse en sus faldas, huyendo de las caricias de un perro de caza que ladraba cerca de él. Fijó en el animal su dulce é inocente mirada, balbuciendo palabras tiernas y confusas, melodiosas como el gorjeo de los pájaros.

La Simona le colocó en las rodillas de su madre, que prorrumpió en sollozos y lágrimas.

Un jinete apareció entonces por la avenida que conduce á la iglesia de Chevagnes y al pueblo, y dirigióse al trote hacia el pabellón de los Fargeas.

Cuando llegó donde estaban las dos mujeres, su varonil semblante se iluminó con una sonrisa.

—¡Hay lágrimas—dijo,—luego hay mejoría. Y además, ya os vemos aquí al aire libre; el sol os devolverá las fuerzas.

—¡Ay!—exclamó suspirando la joven.

El jinete se apeó del caballo, y entregó la brida al viejo Brodín, que acudió á su encuentro.

—¡Vamos!—dijo el palafrenero,—todo el mundo se repone. ¿Y vuestro brazo, señor conde?

—Bien. Estoy todavía algo débil.

Y dirigiéndose á Solange, añadió en voz baja:

—Todo pasa, todo se borra.

Sentóse en una silla, frente á la enferma.

—¡Hemos pasado por pruebas muy duras!—repuso.—Pero ya todo ha concluído. Las flores cubren las ruinas. El olvido cubrirá el pasado, y el porvenir os consolará.

Y enseñaba el niño á la madre.

—Ya he dicho que haremos de él todo un hombre. Hugo y yo cumpliremos nuestra promesa. Hugo no quiere casarse. Yo... ¡vivo de recuerdos. Este será nuestro hijo.

Y besó al niño.

El chiquitín le rodeó el cuello con sus bracitos y le sonrió cariñosamente, como suelen hacer todos los niños con los que les demuestran afecto.

—Habrás de andar muy derecho, caballero—dijole el conde. Tus padres nada tendrán que ver con tu educación. Si no eres el hombre más querido de todo el Morván, nos veremos las caras.

Dejando al niño que siguiera jugando, varió de conversación y habló del pueblo y de los proyectos de Hugo.

Trabajaban en Chevagnes todos los albañiles de la comarca. Las casas parecía que salían de la tierra como por obra de encanto. El viejo Chadouin se multiplicaba y vigilaba los trabajos. Renunciaba al tráfico de los negocios y vivía en casa de los Tremor, á los cuales daba su riqueza, que era considerable. El Priorato, gracias á él, volvería á ser lo que fué, y aun quedaría mejor; resultaría verdadera mansión señorial.

Mientras hablaba, no perdía de vista á Solange, que al oír nombrar á los Tremor se puso más pálida todavía.

Añadió que la fortuna del cantero y la del alcalde reunidas darían más de treinta mil francos de renta, bonita cantidad para aquel pueblo.

Habló largamente con su proverbial bondad. Hizo referencia á lo del dique. Hugo se decidía á levantar otro con el beneficio que dejara el bosque.

Al principio no se decidía, porque aquella obra representaba grandes gastos; pero añadió, poniendo la mano en la cabeza del niño, que no se separaba de él:

—Ya habrá tiempo de atesorar economías hasta que sea mayor de edad.

Dió el brazo á Solange y paseó un rato con ella.

—Estais instalada como un cura de pueblo—dijole;—y para una marquesa tan rica es una exageración tanta modestia. Cuando tengan hogar las pobres gentes de Chevagnes, hay que pensar en vos.

Solange sonrió tristemente.

—Mi padre está contento ahí—dijo.—Quería quedarse en Gue-aux-Biches. Es aquello muy reducido para todos nosotros. Aquí estamos entre árboles y flores. No ambiciono más.

A las cuatro se separaron sin hacer referencia alguna á otros tiempos.

Cuando el conde montaba á caballo acercósele la *Bigornia*.

—Señor Souvray—le dijo—quisiera hablaros un momento.

—¿A mí?

—A vos solo; tengo que confiaros un secreto.

—Bien. ¿Cuándo quieres verme?

—Mañana, á la hora que os parezca.

—¿A las diez de la mañana?

—Sí; en la ruina de Percemousse.

—¿Por qué en ese sitio?—preguntó Roberto sorprendido.

—Ya os lo diré.

Y añadió tristemente:

—¿No teneis miedo de mí, señor Souvray? Eramos cazadores furtivos; pero gente honrada, casi.

El conde le tendió la mano, que ella estrechó.

—Tu marido era un valiente, Simona; y yo no he querido ofenderte. Hasta mañana.

XXXVII

Al día siguiente, y por las alturas del bosque de Chevagnes, á eso de las nueve y media de la mañana, la *Bigornia*, recordando los tiempos en que atravesaba aquellos senderos con su Simón, se dirigía hácia las alturas de Percemousse.

La ruina estaba poco más ó menos en el mismo estado; pero desde su última visita, dos primaveras la habían cubierto de escaramujos y de espinos.

Así es que se hacía más difícil todavía en-

trar allí, y, por supuesto, sospechar su existencia.

La *Bigornia* se sentó en la misma roca donde también Labranche descansó aquella funesta noche que el desgraciado Simón no había podido olvidar.

Casi en seguida oyó el trote de un caballo, y el conde de Souvray se presentó exacto á la cita.

La Simona se estremeció.

Le costaba trabajo confesar aquella falta.

El conde puso pie en tierra, y aguardó á que hablara Simona, cuya visible contrariedad no dejaba de intrigarle.

—Señor de Souvray—comenzó diciendo, no sin tener que hacer un esfuerzo para hablar,—¿sabeis por qué ha muerto mi marido?

—Per heroísmo, por abnegación.

—Y por otra causa además. El pobre hombre era valiente y bueno; pero tenía un remordimiento, y esto le ha matado.

—¿Qué quieres decir?

—Simón odiaba á un hombre, ó más bien era yo quien lo odiaba, porque nos había hecho mucho daño.

—¿Te referes á Labranche?

—Sí.

—Era un ladrón, y algo peor que eso todavía...

—Es verdad; pero la gente cree que atravesó los mares con el dinero del viejo marqués, y que está disfrutando de esos tesoros en el extranjero.

—En efecto, eso dicen.

—Labranche no está tan lejos.

—¿Dónde está!

—En un hueco del bosque, en *la venta de los lobos*.

El conde tenía miedo de comprenderlo todo.

—¿Quién le ha matado?—preguntó.

—Yo, yo sola; lo odiaba. Simón estuvo á punto de morir en la cárcel, enfermo y miserable; yo no pude obtener nada de él; ¡no tuvo piedad de mí! Estrangulé al guarda tendiéndole un lazo, aquí, en esta misma piedra donde estoy sentada.

—¿Es horrible!

—Yo es'aba loca de ira. Cuando amo, es hasta la muerte. Si detesto, sucedería lo propio; ¡hasta la muerte también!... Simón me dejó obrar. Pero Simón no pudo olvidar ese crimen; y luego todas las noches creía ver á la víctima. Hé aquí por que se entregó á los prusianos.

—Y también para salvar al viejo Tremor.

La *Bigornia*, tan exaltada para el bien como para el mal, tuvo esta frase, sublimemente leal:

—Porque era él quien disparó sobre los alemanes.

Luego refirió con gran vehemencia, con imágenes y palabras que pintaban exactamente la escena, cómo encontraron á Labranche, trasportando á media noche á la ruina el dinero robado, su espanto al verse sorprendido por los Simón, y, en fin, el ase-

sinato tal como lo había cometido, sin excusarse ni paliar el crimen.

Y con su brusca y sincera franqueza no omitió nada.

Quizás á ella la hubiera seducido el dinero; á Simón jamás.

—Su tesoro está allí—añadió.—Tomadle. Es vuestro y guardadme el secreto, por la memoria de mi pobre hombre. Estoy bastante castigada, puesto que lo he perdido. Ahora no tengo más que un deseo, y es que aun cuando yo no sea digna de ello, me permitan vivir al lado de Solange y de su hijo.

Y señaló la piedra que cerraba la entrada de la cueva.

Los montones de oro estaban allí, sin que faltara nada, excepto la pequeña cantidad que la *Bigornia* había retirado para su querida Solange.

El herrador no había tomado ni un franco.

—Tienes razón, Simoua—dijo el conde—tu marido tenía todas las valentías y todos los heroismos.

XXXVIII

Quince años han pasado.

Si vais á Chevagnes vereis, en la plaza del pueblo, dominando las casitas nuevas de los zapateros, leñadores y demás humilde gente, un edificio de construcción reciente, y por algún lado antigua, en el cual una mano hábil ha copiado fielmente el estilo de la Edad Media y le ha puesto el sello del mejor gusto.

Ese edificio es el Priorato.

Lo habitan tres hombres y algunos servidores, que son siempre los mismos.

Uno de ellos es el viejo Tremor, que ha llegado á los últimos años de la vida y disfruta de excelente salud.

El otro es el cantero de Oullans, el maestro Chadouin.

Después de la formidable explosión del estanque de Chevagnes, padece una sordera, casi completa, pero que no ha turbado en lo más mínimo su buen humor.

Al contrario, recuerda siempre con creciente satisfacción lo de la voladura.

No echa de menos mas que una cosa: que Von Gøben lograra escapar. Hubiera querido ofrecerlo en holocausto á la memoria de su padre, el granadero de Leipzig.

Con estos dos ancianos vive un intendente, que es de la familia y el encargado de administrar y cultivar los importantes bienes de la casa.

Este intendente es Juan Tremor, un solterón implacable.

Román Tremor no habita en casa de su padre.

En la costa de Chevagnes, hácia el Mediodía, por encima del parque más espacioso aún, porque se le ha dado terreno del bosque, Hugo de Souvray, que administra los bienes de los Taunay-Coulanges, como Juan Tremor los del Priorato, Hugo el arquitecto y el *factotum* de la familia, ha edificado una gran casa, de magnífica apariencia, estilo

Luis XIII; y los dos hermanos han obligado á la marquesa á que resida allí con su hijo, para que viva conforme á su rango.

Los Fargeas han conservado el pabellón de Labranche para habitación particular.

La marquesa no vive sola en su nuevo castillo.

Ha cambiado su nombre por el de Tremor, ¡el nombre que debió llevar antes!

Este cambio no ocurrió sino mucho tiempo después del drama del *chalet* del Águila.

Román, dominado por una tristeza cada vez mayor, vagaba casi todos los días por los alrededores del parque, y se encontraba muy á menudo á Solange, cuya convalecencia había sido larga. Y paseaban reunidos, sin hablar jamás de sus pasados amores.

En 1873, en el mes de junio, Roberto de Souvray les encontró en la gran avenida de la iglesia.

Solange estaba pálida.

Román iba callado junto á ella.

El conde cogió la mano de la una y la del otro, y las unió.

El niño jugaba á corta distancia de ellos.

—Yo seré su padre—dijo.

Ha cumplido su palabra. Los Souvray no faltan nunca á ella.

El hijo de Oliverio de Taunay es de carácter dulce, serio y bondadoso.

Su inmejorable preceptor es el conde de Souvray, que no se separa de su lado.

Viajan muy á menudo.

El verano anterior hicieron una excursión á Suiza por Gex y la Fancille.

En el *chalet* de los Servoz, cerca de las columnas que guardan los restos del marqués y la princesa Cavalli, el niño, casi un joven ya, abrazó á su tutor y le preguntó:

—¿Por qué no me hablas nunca de mi padre?

—Todavía no es tiempo. Más adelante lo sabrás todo. Respeta su memoria, y reza alguna vez por él.

Servais y Giuseppe viven de sus rentas, á lo burgués: el uno en su ciudad natal, Amiens; y el otro en Venecia, que puede honrarse de que haya visto allí la luz primera...

¡Cuando se acerca la hora de la muerte, se vuelve al hogar!

La baronesa de Montalambert ha reconquistado á su marido, espantado de aquellas catástrofes, cuyo secreto adivinaba.

Es un matrimonio modelo.

Felisa se dedica á obras de caridad en una importante población del centro, donde hace todavía, con misterio, las delicias del prefecto, retirado con suerte, de los negocios.

En Chevagnes y en Souvray no hay ya penas, como no sea la del conde de Souvray, que ha consagrado á su Elena un culto religioso y tierno.

Brichet renunció después de la guerra á sus ambiciones, y traspasó el establecimiento. Ejercita sus talentos de cocinero en casa de los Tremor. Rosa, su pasión, con quien se

